

El catolicismo en África a la hora de las reformas *

Ludovic Lado ** y Paul Samangassou ***

Recibido: 3 de mayo de 2014

Aceptado: 30 de mayo de 2014

RESUMEN: El papa Francisco alienta la asunción de responsabilidades por las Iglesias locales. África, donde se registra el mayor aumento del número de católicos, ha de dar otra lectura a su historia para hacerse más plenamente cargo de su destino. Es importante, en particular, volver a situar a los laicos en el centro de la Iglesia para contrarrestar un clericalismo aún demasiado presente.

PALABRAS CLAVE:

En su reciente exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (EG), que invita a todos a ser «audaces y creativos» (33), el Papa aboga sin rodeos por una verdadera «renovación» de la Iglesia con el fin de volver a dinamizar la misión evangelizadora y vivirla con alegría. Este proceso pasa necesariamente por la conversión y la reforma de las estructuras pastorales, tanto en el plano de la Iglesia católica en general como en el de cada Iglesia en particular. Invocando, en efecto, una «descentralización» necesaria,

Francisco invita a cada Iglesia particular a asumir sus responsabilidades, «a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma» (EG, 30). Ese discernimiento ha de vivirse en la Iglesia en una tensión fecunda entre la universalidad y la particularidad. La hora de la asunción de responsabilidades por las Iglesias locales parece haber llegado. Es una verdadera oportunidad que encauza a la Iglesia universal en un proceso de discernimiento que será largo, y saludablemente

* Traducción de Blanca Peral. Este artículo fue publicado por la *Revista Etudes* en su número de abril de 2014 (65-76).

** Director del Instituto de la Dignidad y los Derechos Humanos (IDDH), Centro de Investigación y Acción para la Paz (CERAP), Abiyán (Costa de Marfil).

*** Consultor en gestión de las organizaciones (Yaundé, Camerún).

desestabilizador. Si el llamamiento de Francisco es escuchado, será una nueva figura de Iglesia la que renacerá de las cenizas de un modelo centro-periferia que durante mucho tiempo hizo de la mayoría de las Iglesias particulares simples sucursales regentadas por la burocracia vaticana. Esto no se logra sin desafíos, y algunos de ellos se exploran aquí en una reflexión prospectiva sobre las Iglesias particulares de África.

De la dependencia a la responsabilidad

«La normalización de la formación del clero ha favorecido la uniformidad a costa de la creatividad».

Se admite hoy que el centro de gravedad demográfica de la cristiandad, sumando todas las tendencias, se ha desplazado de Occidente hacia el Sur, más precisamente hacia África, América Latina y Asia. El catolicismo no es ajeno a esta circunstancia y la elección del papa Francisco, primer pontífice procedente del Sur, participa, según ciertos analistas, de esta reconfiguración del paisaje cristiano. Las estadísticas más recientes muestran que, de todos los continentes, África es aquel donde se produce el aumento más impor-

tante de cristianos católicos. Por ejemplo, desde finales de 2011 hasta finales de 2012, las estadísticas oficiales de la Iglesia católica indican que «El porcentaje de los católicos ha crecido globalmente del 0,04%, situándole al 17,46%. Con respecto a los continentes, se han registrado aumentos por todas partes, excepto en Europa: África (+0,21); América (+0,07); Asia (+0,06); Europa (-0,01); Oceanía (+0,03)¹». Se observan tendencias similares respecto del aumento de los agentes pastorales. Si se consideraran las estadísticas solamente, se podría llegar a la conclusión de que la Iglesia católica goza de buena salud en África. Aunque la vida y el porvenir de la Iglesia son algo más que un asunto de cifras, es evidente que los católicos africanos están abocados, antes o después, a asumir más responsabilidades en el servicio de la Iglesia universal, habida cuenta de las actuales transformaciones demográficas. Ayer fue Occidente, mañana serán las Iglesias del Sur quienes hayan de tomar el relevo. De la noche a la mañana, se encuentran propulsadas de la periferia al núcleo de las responsabilidades.

¹ http://www.fides.org/es/news/34300-VATICANO_Las_Estadisticas_de_la_Iglesia_catolica_2012#.U4121ZR_vjE (consultado el 3 de junio de 2014).

En estos tres últimos decenios, muchas Iglesias locales del África subsahariana han celebrado el centenario de la llegada de los primeros misioneros católicos que, en muchos casos, fueron precedidos por misioneros protestantes. Cabe, por tanto, decir globalmente que la Iglesia católica es centenaria en la mayoría de los países africanos. En cien años, las Iglesias locales se han arraigado sin duda en sus contextos sociopolíticos respectivos, cada una conforme a las especificidades de su trayectoria histórica. Pero, a pesar de algunos esfuerzos exigüos de inculturación en el plano litúrgico, han seguido siendo en lo esencial copias idénticas de su original occidental. Hoy, sin duda, el clero es mayoritariamente local, pero tiene dificultades para inculturar ese legado occidental y darle una expresión africana. La normalización de la formación del clero con arreglo a unas directrices dictadas por las congregaciones romanas ha favorecido la uniformidad a costa de la creatividad. La Iglesia sale globalmente empobrecida de ese proceso, al quedar privada de la fecundidad del carisma de tantos de sus hijos e hijas.

El llamamiento de Francisco a la creatividad pastoral y a la puesta en práctica de la inculturación va a representar un verdadero desafío para esas Iglesias particulares,

que habían interiorizado el temor al Vaticano y perdido todo su espíritu de iniciativa en beneficio de la reproducción servil de las prácticas y estructuras recibidas. Habrá que desarrollar nuevos reflejos para entrar en esta dinámica de asunción de responsabilidad. Esto llevará tiempo, al menos varias generaciones. Harán falta decenios para forjar nuevas generaciones de cristianos africanos capaces de discernir por sí mismos el mensaje del Espíritu Santo para sus Iglesias particulares. De ahí la necesidad de revisar toda la cultura organizativa en la que se han socializado los agentes pastorales. Para que la exhortación programática de Francisco desemboque en una nueva manera de ser Iglesia y de evangelizar, habrá que revisar el método y el contenido de la formación de los agentes pastorales, sobre todo en los seminarios y otros centros de formación. Esos lugares donde los futuros miembros del clero se inician en la cultura organizativa de la Iglesia institucional, incluido el temor al Vaticano, han venido funcionando esencialmente como centros de reproducción del cristianismo occidental.

Tras cien años de interiorización del complejo de dependencia, no es de extrañar que la contribución del catolicismo africano al enriquecimiento de la Iglesia universal siga

siendo tan escasa. Pero ahora las Iglesias particulares se enfrentan a sus responsabilidades: «Lo que debe procurarse, en definitiva, es que la predicación del Evangelio, expresada con categorías propias de la cultura donde es anunciado, provoque una nueva síntesis con esa cultura. Aunque estos procesos son siempre lentos, a veces el miedo nos paraliza demasiado. Si dejamos que las dudas y temores sofoquen toda audacia, es posible que, en lugar de ser creativos, simplemente nos quedemos cómodos y no provoquemos avance alguno y, en ese caso, no seremos partícipes de procesos históricos con nuestra cooperación, sino simplemente espectadores de un estancamiento infecundo de la Iglesia» (EG, 129).

Esa asunción de responsabilidad es tanto más importante cuanto que la Iglesia universal ha de entrar en breve en una nueva fase de su historia, en la que las Iglesias madres serán sostenidas y regeneradas por las Iglesias del Sur a las que engendraron. Pero, para que tenga lugar esa regeneración, las Iglesias del Sur han de practicar una evaluación sin indulgencia de las fortalezas y las debilidades de sus progenitoras occidentales. Entonces podrán reformar en consecuencia el legado recibido, para que el injerto de regenera-

ción dé sus frutos. En efecto, si las Iglesias del Sur prescinden de esa evaluación, se arriesgan a correr la misma suerte que sus madres occidentales.

Si no estamos atentos, la «descatolización» de África podría incluso ser más rápida que la de Occidente, aunque no necesariamente por los mismos motivos. En general, los africanos tienen una relación muy pragmática con lo religioso. Con la pluralización religiosa existente a raíz de la fragmentación del cristianismo y del Islam, la oferta va a ampliarse aun más y un buen número de católicos buscarán en otros lugares si no hallan satisfacción en la Iglesia católica. Muchos son cristianos católicos por la elección de sus padres, que los bautizaron al nacer. No efectúan una elección verdadera hasta la edad del uso de razón, bien para confirmar la de sus padres, bien para invalidarla. Ahora tienen donde elegir en un mundo cada vez más ebrio de libertades individuales. La Iglesia católica habrá, por tanto, de dar motivos a los jóvenes para seguir siendo católicos en vez de hacerse pentecostalistas o evangélicos. En cualquier caso, las jóvenes generaciones africanas, más instruidas, tendrán una relación distinta de la de sus padres con la Iglesia católica institucional. Aunque sigue siendo un continente muy religio-

so, África no está inmunizada contra el declive del catolicismo.

Las Iglesias del Sur deben, por tanto, extraer todas las enseñanzas del declive del cristianismo en Occidente con el fin de llevar a cabo las reformas necesarias para su regeneración. De lo contrario, apenas nacidas, corren el riesgo de envejecer precozmente, cuando sus madres cuentan con ellas para rejuvenecerse. Tomemos el ejemplo de la crisis de vocaciones que afecta duramente a las Iglesias europeas. En el espíritu misionero de la Iglesia universal, son hoy más de un millar los sacerdotes africanos enviados al rescate de las comunidades cristianas en Europa. Es sin duda el testimonio vivo de la unidad de la Iglesia, pero hace al caso preguntarse por la sostenibilidad de este planteamiento del problema. ¿Se ha interpretado con acierto lo que nos dice el Espíritu con el descenso de las vocaciones en Occidente? ¿Y si nos pidiera que volviéramos a poner a los laicos en el centro de la vida de la Iglesia? ¿Qué sucedería si el día de mañana las Iglesias del Sur se vieran afectadas por la misma penuria de sacerdotes? ¿Adónde se iría a buscar el suplemento necesario para atender las necesidades pastorales? En efecto, si bien es cierto que no hace falta estar saciado para poder compartir, hay que re-

conocer que África no tiene sacerdotes suficientes para atender sus propias necesidades de pastoral de proximidad, necesaria para una evangelización profunda. Muchas regiones están aún subevangelizadas. En efecto, las estadísticas indican que en 2012 «el número de católicos por sacerdote ha aumentado complessivamente de 24 unidades, alcanzando el número de 2.900. Se registran aumentos en todos los continentes, mientras que la única disminución, aunque pequeña, este año también se registra en Asia: África (+64); América (+30); Asia (-1); Europa (+11); Oceanía (+17)»². La conversión pastoral que se impone requiere una conversión eclesiológica que invita a volver a situar a los laicos en el corazón de la obra de evangelización.

«Volver a poner a los laicos en el centro de la vida de la Iglesia».

Del clericalismo a la Iglesia «Pueblo de Dios»

Desde su elección, Francisco ha practicado repetidamente un

² http://www.fides.org/es/news/34300-VATICANO_Las_Estadisticas_de_la_Iglesia_catolica_2012#.U44FwpR_vjF (consultado el 3 de junio de 2014).

diagnóstico sin indulgencia de las patologías de la Iglesia institucional, a la que invita a renovarse comenzando por la curia romana. Con respecto al clero, fustiga el narcisismo, el clericalismo, la carrera hacia el poder y el talante cortesano que se han afincado en ciertos medios clericales y lastran la misión evangelizadora de la Iglesia.

Estos males no son ajenos a las Iglesias particulares africanas, donde el liderazgo clerical es igualmente vulnerable a las patologías del poder. El clericalismo, que convierte al clero en piedra angular de la Iglesia, ha adoptado la forma de una dictadura del clero sobre el laicado, dejando poca cabida a la sana colaboración o a la co-gestión de diócesis y parroquias. Es una Iglesia en la cual los laicos no tienen casi recursos. Aun más, el clericalismo ha tenido un efecto corrosivo sobre el sentido de pertenencia de los laicos a la Iglesia, así como sobre su aptitud a contribuir a la vida de la Iglesia, cada uno según su carisma. Este fenómeno es tan real que, en general, cuando la mayoría de los laicos hablan de la Iglesia en África, piensan espontáneamente en la Iglesia jerárquica, por la simple razón de que funciona como si fuera propiedad privada del clero. Es el clero quien decide, y los

laicos no tienen más que conformarse. Contadas son las ocasiones en que se los asocia a las grandes decisiones en la Iglesia. Los órdenes del día de los sínodos están en buena parte determinados por el poder clerical, y sus sesiones ampliamente dominadas por la presencia del clero. Los laicos, en su mayoría, han interiorizado tanto esta subordinación y ese complejo de inferioridad que no es de extrañar que les cueste abrazar una renovación encaminada a una mayor corresponsabilidad. La dominación clerical al amparo de lo sagrado ha tenido tiempo para surtir efectos, y el camino de la reforma por una Iglesia más colegial será largo.

La conversión eclesiológica inherente al redescubrimiento del sentido de la Iglesia como «Pueblo de Dios» será, por tanto, una auténtica revolución copernicana. Esa conversión no podría ser solamente personal, ya que el clericalismo tiene aspectos estructurales. En los seminarios y centros de formación, habrán de revisarse los cursos de eclesiología y la teología del sacerdocio que tiende a encarecer el poder clerical. En esos lugares de formación es donde se forja y se transmite la cultura clerical que después se vive en las parroquias y en las diócesis. El ejercicio del poder en la Iglesia

necesita ser evangelizado. El espíritu cortesano, del que Francisco dice que es «la lepra del papado», afecta también a un buen número de Iglesias particulares y requiere reformas estructurales, cuando no jurídicas. El ejercicio del poder en la Iglesia necesita contrapoderes efectivos.

«Se impone la necesidad de nuevas estructuras de gobierno capaces de fomentar la colegialidad y la corresponsabilidad».

La renovación de la gobernanza pastoral

En la exhortación apostólica *Africae Munus* (AM) publicada en 2009, Benedicto XVI invitaba particularmente a los obispos africanos a hacer de la ejemplaridad de sus vidas el fundamento de su autoridad: «Vuestra distinción y autoridad moral que sustentan el ejercicio de vuestra potestad jurídica, sólo pueden venir de vuestra santidad de vida» (AM, 100)³. En el plano de la gobernanza financiera, añadía: «Para que nuestro mensaje sea creíble, haced que

vuestras diócesis sean modélicas, tanto en el comportamiento de las personas como en la transparencia y buena gestión financiera. No tengáis miedo de recurrir a la experiencia de los auditores contables para dar ejemplo también a los fieles y a la sociedad en su conjunto» (AM, 104). A la vista de los abusos y de la recurrencia de los casos de mala gobernanza en las parroquias y diócesis, se impone la necesidad de nuevas estructuras de gobierno capaces de fomentar la colegialidad y la corresponsabilidad⁴.

El principio de colegialidad ya no deberá aplicarse solamente a las relaciones entre obispos, sino a toda la Iglesia, que ha de abrirse a una gobernanza más participativa, responsabilizando a los laicos. En el plano institucional, el clero concentra demasiados poderes, con todos los riesgos de abuso que ello conlleva, en una Iglesia mayoritariamente laica. Esa situación no obedece a ninguna racionalidad teológica si se considera que «en la Iglesia las funciones “no dan lugar a la superioridad

³ Véase LUDOVIC LADO, «Le rôle de l'Église catholique en Afrique» (El papel de la Iglesia católica en África), *Études*, septiembre de 2012. 4

⁴ El término corresponsabilidad ha de entenderse en el sentido del término inglés *accountability*, es decir, la obligación que incumbe a quienes ejercen el poder, sea clerical o laico, de rendir cuentas a aquellos a quienes gobiernan.

de los unos sobre los otros”» (EG, 104). Pero esperar del clero que ejerza espontáneamente su poder en forma de puro servicio es una utopía. El *Catecismo* de la Iglesia Católica afirma que «ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres» (CEC, 407). Este realismo antropológico, que en nada menoscaba la dignidad del hombre, debe tomarse en cuenta en la reforma de la Iglesia jerárquica. Unos contrapoderes efectivos resultan necesarios para una mejor gobernanza pastoral. Se imponen, por tanto, reformas jurídicas para corregir ese desequilibrio que favorece el clericalismo. Habrá que reforzar las estructuras de control del poder clerical.

Tomemos el ejemplo del proceso de designación de los nuevos obispos, que podría llevarse a cabo en un sistema más participativo. En las condiciones actuales, se encuentra casi únicamente bajo el control de los obispos del país, con la supervisión del nuncio apostólico. Pero, con mucha frecuencia, los nuncios apostólicos no son suficientemente conocedores de las realidades locales de los países donde están destinados. Se encuentran, por tanto, a merced

de los aduladores y de los ambiciosos. Es una puerta abierta al espíritu de corte y al clientelismo. Sin embargo, es posible volver a una fórmula más participativa y más responsable. Cabe perfectamente concebir un procedimiento que permitiera a los laicos y al clero de una diócesis participar colegialmente en la elección del obispo del lugar, en un proceso de discernimiento comunitario. ¿Acaso no está cada bautizado habitado por el Espíritu Santo? La función de las autoridades romanas o regionales sería, entonces, la de velar por la regularidad de los procedimientos. Cabe también pensar en un sistema de mandatos para los obispos. Al término de su o sus mandato(s), el obispo reintegraría las filas del clero para servir en ellas humildemente como agente pastoral. Si el papa mismo es elegido por los cardenales, ¿por qué no habría de serlo un obispo a escala de la diócesis? En cualquier caso, la fórmula actual fomenta el clientelismo y ha de ser revisada. Bastará con que los canonistas demuestren su creatividad procedimental, como han sabido hacerlo a lo largo de la historia de la Iglesia.

Por otra parte, habrá que volver a centrar el ministerio del clero en la actividad pastoral propiamente dicha: «Vuestro primer

deber –precisaba Benedicto XVI– es llevar a todos la Buena Nueva de salvación y ofrecer a los fieles una catequesis que contribuya a un conocimiento más profundo de Jesucristo» (AM, 103). En el contexto africano, hay mucho que hacer para que cada bautizado, sobre todo la inmensa mayoría de los laicos, asuma su responsabilidad evangelizadora. Una vez más, la evangelización ha estado clericalizada durante mucho tiempo, convirtiendo a la mayoría de los fieles en simples consumidores de lo sagrado. La catequesis forma para el consumo de lo sagrado más que para la transmisión de la fe recibida. En cuestiones de evangelización tanto como de responsabilidad colectiva, los católicos tienen mucho que aprender de los protestantes y de los evangélicos.

Con mucha frecuencia, las preocupaciones financieras y administrativas de la gestión de la diócesis o de la parroquia se anteponen a las dimensiones pastorales y espirituales. Las celebraciones eucarísticas se resienten de esa postergación. Muchos laicos se quejan de ello, aunque, por lo general, no tienen ningún recurso. La gestión, en el sentido moderno del término, se rodea de mecanismos de control, porque todo hombre es susceptible de ser corrompido por el dinero y el

poder. En suma, es la estructura organizativa de la Iglesia la que ha de modificarse. Ya no cabe encomendarse tan solo a la virtud de los individuos. La sabiduría política nos recuerda que todo ser humano que tiene demasiado poder tiende a abusar de él. Y, tanto como el poder, corrompe el dinero. El clero no es inmune a esas tentaciones. Se imponen unos mecanismos de control del poder y de la gestión en la Iglesia para una gobernanza más ética y más evangélica. Jesús advirtió a sus discípulos: «No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Lc 16, 13). Es importante que la gobernanza económica de las diócesis se abra a las técnicas y herramientas modernas de gestión transparente.

En la historia de la filosofía política, Karl Popper se opone al modelo propuesto por Platón a propósito de las garantías de una buena gobernanza. La solución de este último, que sin duda no excluye los aspectos institucionales, se apoya sobre todo en las virtudes del Rey filósofo para gobernar bien la ciudad. Karl Popper, por su parte, reprocha a Platón cierto angelismo y propone una solución más institucional. Según él, para promover una «sociedad abierta», es importante que sus miembros establezcan un dispositivo institucional que les per-

mita deshacerse cuanto antes de un mal gobernante. Nos parece que el planteamiento de la iglesia católica en esta materia es más platónico que popperiano. Sería deseable aunar ambos planteamientos en el ejercicio del poder en la Iglesia, porque la virtud no excluye el control.

La apertura a otros modelos

Durante más de un siglo, las Iglesias particulares de África han tenido por única referencia a las Iglesias de Occidente. Confirmando en ello a sus antecesores, el papa Francisco invita a las Iglesias particulares a regresar a la inculturación del Evangelio, porque, «en la historia de la Iglesia, el cristianismo no tiene un único modo cultural» (EG, 116). La diversidad de las formas de expresión de la única fe recibida de Jesucristo, sobre todo en lo que se refiere a los usos litúrgicos y a la disciplina eclesiástica, es una riqueza para la Iglesia universal. Esta diversidad es particularmente manifiesta en la distinción entre Occidente y Oriente. Tras algo más de un siglo de tutela occidental, quizás sea tiempo para el catolicismo africano de poner en tela de juicio ciertos aspectos no dogmáticos del legado cristiano, o de abrirse al catolicismo oriental con

una perspectiva doble de enriquecimiento y creatividad. No se trata de copiar lo que se hace en Oriente, sino de inspirarse en ello para nutrir la creatividad en el contexto africano. En efecto, como afirma Francisco, «no podemos pretender que los pueblos de todos los continentes, al expresar la fe cristiana, imiten los modos que encontraron los pueblos europeos en un determinado momento de la historia, porque la fe no puede encerrarse dentro de los confines de la comprensión y de la expresión de una cultura» (EG, 118).

«El celibato obligado causa más daños en el plano personal e institucional que un celibato verdaderamente elegido».

A modo de ilustración, tomemos la cuestión del celibato sacerdotal, que forma parte del cristianismo que los católicos africanos han heredado de los misioneros occidentales. De partida, no se planteó la cuestión de dirimir si no se adaptaría mejor al contexto africano el modelo oriental, donde los candidatos al sacerdocio pueden elegir entre matrimonio y celibato. Se impuso el modelo occidental y se reprodujo sin más. Tras más de un siglo de experiencia, este ha de evaluarse sin indulgencia, porque un celibato mal asumido lastra la fecundidad pastoral.

La cuestión del celibato de los sacerdotes no se plantea en África como una solución para el problema de la crisis de vocaciones. En la Iglesia universal, ha de plantearse en relación con la vida afectiva del clero, que parece ser un verdadero tabú. ¿Hemos sacado todas las enseñanzas necesarias de los casos de pedofilia en el ámbito clerical que tanto han dañado la autoridad moral de la Iglesia en estos últimos decenios? ¿Qué hace el sacerdote con su vida afectiva una vez que renuncia al matrimonio por la causa del Evangelio? No pretendemos en modo alguno que la revisión de la regla del celibato para todos vaya a resolver todos los problemas afectivos de los sacerdotes, porque el matrimonio no es una panacea. Pero entendemos que el celibato obligado causa más daños en el plano personal e institucional que un celibato verdaderamente elegido. ¿No es acaso más honesto contar con un sacerdote casado, que se enfrenta a las mismas dificultades de la vida conyugal que sus fieles y que, por ese mismo motivo, puede comprenderlos mejor, que con un sacerdote reducido a estrategias de supervivencia afectiva? En efecto, en ciertas regiones de África, los laicos han acabado por acostumbrarse a unos sacerdotes que viven en concubinato. Pero, ¿seguirán haciéndolo en un con-

texto donde la pluralización de la oferta plantea el reto de una mayor coherencia a la Iglesia católica como institución? Sin duda, en la Iglesia universal hay muchos sacerdotes que asumen con facilidad su celibato, pero hay otros muchos que no lo consiguen, sin resolverse a renunciar al sacerdocio. Dado que, de hecho, hay sacerdotes legítimamente casados en ciertos segmentos de la Iglesia católica, ¿es necesario seguir obligando a los candidatos al sacerdocio a elegir entre matrimonio y sacerdocio con el riesgo de institucionalizar la hipocresía? Espero que esta sea una pregunta que quepa plantearse en la Iglesia. Es perfectamente posible tener una Iglesia católica donde un clero casado colabore sin complejos con un clero célibe.

Para una institución de más de dos mil años de antigüedad como la Iglesia católica, las crisis no son cosa nueva. Pero si la Iglesia católica ha durado tanto a pesar de todo, es también porque ha sabido reformarse en los momentos decisivos de su historia. Lo menos que cabe decir es que en África, como en otros lugares, el clericalismo ha ahogado en los laicos la eclosión y la fructificación de los carismas que el bautismo confiere a todo bautizado para el servicio de la

Iglesia. La Iglesia sale de ello empobrecida, hasta el punto de que la inquietud se instala en todas partes donde se constatan las derivas clericales. El camino que llevará a la Iglesia «Pueblo de Dios» que Francisco pretende promover será largo y arduo porque, como bien es sabido, las viejas costumbres se resisten a morir, sobre todo cuando se trata de menoscabar «intereses de clase». ¿Hará el clero el camino de

la conversión? Porque no es solo la punta de la pirámide la que tiene problemas. Es el modelo piramidal en sí mismo el que ha de revisarse. Parece haber llegado la hora de una gobernanza eclesial más transparente, más colegial y más responsable. Pero, como dice Jesús en el Evangelio: «Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo, y se hace peor la rotura» ■